

gía necesaria para permanecer en México después de la marcha de nuestras tropas, sería menester convocar una junta, hacer organizar un gobierno y determinar, merced á vuestra influencia, la elección de un presidente de la república, cuyos poderes habrían de durar de seis á diez años, debiéndose obligar naturalmente ese gobierno á pagar la mayor parte de nuestros créditos contra México.» «Claro es, añadía Napoleón para suavizar la crudeza de aquellas palabras, que sólo en último extremo deberá recurrirse á esta combinación, pues mi más vivo deseo es que el emperador Maximiliano pueda sostenerse (1).»

En esta forma se dibujaba la nueva política napoleónica. Ya había salido de Saint-Nazaire un mensajero especial, el barón Saillard, portador de las instrucciones imperiales, á quien estaba reservada la misión de notificar á Maximiliano el próximo abandono.

## VII

Tristemente había comenzado en México el año 1866. El día 3 de enero habíase sabido la muerte de Leopoldo de Bélgica, padre de la emperatriz Carlota, suceso que significaba no sólo un duelo privado, sino también una desgracia política, porque dadas las circunstancias en que se encontraba el imperio, el apoyo moral del anciano monarca podía llegar á ser un recurso supremo. A las manifestaciones de pésame que se le dirigieron contestó Maximiliano con palabras melancólicas: «Podrán abandonarme las fuerzas; el valor no me abandonará jamás.» En aquel mismo entonces, un nuevo incidente acaecido en la frontera resucitó todos los temores de conflicto con los Estados Unidos. El 5 de enero la pequeña ciudad de Bagdad, situada en la desembocadura y en la orilla derecha del río Bravo, fué invadida por una partida de negros y de filibusteros norteamericanos que cometieron en ella toda suerte de excesos. El gobierno de la Unión desautorizó el atentado y condenó á sus autores; pero ¿quién podría responder de que tales incursiones no se repetirían? La misma situación militar era más obscura: el mariscal tendía más bien á restringir que á ensanchar su radio de acción; Chihuahua, abandonada y recuperada luego, fué evacuada definitivamente por los franceses en 31 de enero de 1866, y dos meses después entraban de nuevo en ella los liberales. Toda la región del Norte del Durango se halló muy pronto desguarnecida de tropas, salvo un puesto que se mantuvo en el Parral; y en la costa, Matamoros y Tampico veíanse acosadas de cerca por las guerrillas, de día en día más audaces. A todo esto el gobierno de Maximiliano experimentó una pérdida sensible: había llegado á México pocos meses antes un consejero de Estado, el Sr. Langlais, cuyo talento para encontrar recursos y cuya capacidad financiera eran objeto de grandes elogios; pero también este apoyo faltó al emperador, pues el Sr. Langlais murió en 23 de febrero de 1866. En medio de tantas adversidades desvanecía una nueva esperanza. Apenas enterrado aquel personaje, tuvo noticia de una grave derrota de nuestras armas; en efecto, el día 1.º de marzo había sido ca-

(1) Carta de Napoleón III al mariscal Bazaine, de 31 de enero (M. Pablo Gaulot, *L'Empire de Maximilien*, págs. 326-327).

si totalmente destruido un destacamento francés en Santa Isabel, cerca de Parras. La seguridad de las comunicaciones no era completa ni siquiera en las provincias centrales, y de ello se tuvo la prueba en aquellos mismos días: una misión belga que había ido á notificar el advenimiento de Leopoldo II y que regresaba de la ciudad de México en dirección á la costa, fué asaltada el 4 de marzo en las inmediaciones del Río Frío por una cuadrilla de bandidos, resultando heridos cuatro belgas, uno de ellos mortalmente. El accidente era deplorable no tanto por lo que en sí era como por la resonancia que tendría. ¿Qué se diría en Europa de la pacificación de México y de la buena policía del imperio cuando se supiera aquel audaz ataque contra diplomáticos extranjeros, en la misma carretera real que comunicaba con el mar y á diez y siete leguas de la capital?

En medio de aquellas dificultades y de aquellas tristezas cada vez mayores, había llegado de París á mediados de febrero el barón Saillard. Maximiliano, aunque bien penetrado de los peligros que le rodeaban, no esperaba que Francia le abandonara, pues á la vista tenía la convención de Miramar, muy dura en sus exigencias financieras, pero muy tutelar para el nuevo imperio; y aparte de la letra del tratado, confiaba en todas las promesas de ayuda que en otro tiempo, antes de partir de Europa, había recibido de Napoleón. Dominado por estos recuerdos, no podía concebir un cambio de opinión tan repentino y tan radical; así es que creyó que se trataba de un aviso vago más bien que de un propósito decidido, y persuadido de que el gabinete de las Tullerías estaba mal informado, achacó la culpa á su representante en París, el Sr. Hidalgo. El mismo texto del mensaje de la corona, que recibió poco después, no le sacó de dudas. El Sr. Saillard carecía de categoría oficial y de esa autoridad que se impone, ó tal vez no se atrevió á arrostrar el mal humor del príncipe ó á reducirlo á la desesperación revelándole brutalmente toda la verdad. Por lo demás, la misión del mensajero imperial era en extremo difícil, puesto que había de establecer, de acuerdo con Maximiliano, un nuevo acuerdo financiero y fijar la fecha de la evacuación. Pero ¿era posible que el infortunado soberano se prestara á esa cruel inteligencia? Podía, sí, soportar la ley de su protector, pero no señalar por sí mismo la hora en que sería abandonado. Después de una corta estancia en la capital, regresó el Sr. Saillard á la costa, sin llevar á su país ningún acuerdo y sin haber hecho otra cosa que dejar en el ánimo del príncipe un aviso alarmante que sería preciso confirmar. Maximiliano, presa de ansiedad, pero lleno todavía de ilusiones y no pudiendo concebir que su poderoso aliado efectuara una retirada tan poco gloriosa, decidióse á mandar á Europa un nuevo enviado, y su elección recayó en el general Almonte, en otro tiempo muy estimado de Napoleón y que reemplazaría al Sr. Hidalgo.

Por persistente que fuera su optimismo, Maximiliano comprendía claramente que llegaría un momento en que no podría contar, para sostenerse, más que consigo mismo y con su patria de adopción, pues la misión del Sr. Saillard, aun interpretada en el sentido menos desfavorable, tenía el alcance de una primera advertencia; así es que, aguijoneado por la necesidad, consagró-

se el príncipe á utilizar sus recursos y sobre todo á crear lo más indispensable, una fuerza pública independiente de las tropas francesas. Los únicos elementos sólidos del ejército mexicano eran los regimientos de Mejía, algunos batallones de la antigua división Marquez, y un regimiento de caballería que estaba á las órdenes del general López y se denominaba regimiento de la Emperatriz. Los guardias rurales, especie de milicia local de creación reciente, habían de ofrecer poca consisten-

eran en parte absorbidas por diversas delegaciones, además de que en algunos puertos, como Matamoros y Tampico, amenazados por el lado de tierra por los liberales, el movimiento comercial había disminuído considerablemente; y en cuanto á la recaudación de las demás rentas públicas era tan difícil como incierta. El emperador suprimió empleos y disminuyó en dos tercios su lista civil; pero estas medidas parciales nada podían salvar. Los informes que de todas partes se recibían re-



Puerto de Veracruz y fuerte de San Juan de Ulúa

cia, á no ser que estuvieran mandados por jefes muy adictos al imperio. Para reforzar todos estos cuerpos, pensóse en organizar batallones llamados *cazadores de México* y compuestos de soldados indígenas, pero con jefes y oficiales en parte franceses; los voluntarios austriacos y belgas y la legión extranjera francesa, que continuaría al servicio de Maximiliano, completarían aquella organización. Más adelante veremos cómo se realizaron esos ensayos, qué resultados parciales dieron y cómo, en el momento de la evacuación, el cuidado de repatriar sanos y salvos á todos los europeos hizo olvidar las promesas hechas á nuestro aliado. Desde la primavera de 1866 un obstáculo terrible dificultaba todas las tentativas de reforma y comprometía el funcionamiento de todos los servicios militares ó civiles; aquel obstáculo era la extremada penuria del Tesoro. Del empréstito nada quedaba, y acudir de nuevo al crédito habría sido verdadera locura. Los ingresos de aduanas

velaban una miseria rayana en la indigencia: en el Norte del imperio, Mejía sólo vivía á fuerza de expedientes; otro general, Quiroga, para alimentar á sus tropas veíanse obligado á exigir el pago anticipado de las contribuciones; los oficiales cobraban con retraso; los soldados no tenían asegurado su presté; faltaba forraje para los caballos, y las tropas austro-belgas estaban agobiadas de deudas y consumían las últimas provisiones de las plazas de guerra. El único socorro era Francia, y ésta comenzaba á desentenderse de México. Bazaine, testigo de tantas miserias, había consentido que se hicieran varios anticipos, extralimitándose de las instrucciones que tenía; pero hasta este beneficio tenía algo de humillante para el desgraciado príncipe, obligado á estar agradecido á aquel mariscal que, bajo otros conceptos, se le presentaba como sospechoso, casi como enemigo. El día 1.º de mayo de 1866, en vista de que las necesidades eran más apremiantes que nunca, celebróse un



gran consejo bajo la presidencia de Maximiliano, el cual expuso el estado del Tesoro, habló de bancarota y, acallando su altivez, solicitó un nuevo subsidio. Los despachos llegados de París ordenaban que se suspendiera la cuenta del gobierno mexicano; pero Bazaine, ante el imperio de la necesidad, interpretó las órdenes recibidas y mientras esperaba nuevas instrucciones de Francia, consintió en hacer un préstamo de 2.500.000 francos mensuales, anticipo que sería reembolsable, salvo ulteriores arreglos, con los productos de aquellas desdichadas aduanas que á tantas obligaciones habían de atender. Entregóse aquella cantidad y este precario recurso aseguró al imperio algunos días de vida.

En lo sucesivo era inútil que Maximiliano contara con Francia, pues Bazaine, á quien á menudo y tan justamente se acusó de dureza, se exponía á que se le acusara de debilidad. Napoleón, desengañado de su ensueño, no quería ceder á la compasión y todo contribuía á fortalecerle en su nueva política. El barón Saillard, que había regresado de México, traía de allí, según decían, la impresión de una ruina inevitable, y en tanto que Maximiliano hablaba con la timidez característica de la desgracia, la voz de los Estados Unidos era arrogante como la prosperidad. Los norteamericanos reclamaban imperiosamente la evacuación, y en tanto ésta no se realizaba, promovían toda suerte de contiendas ora á propósito del reclutamiento de un batallón egipcio para la guarnición de Veracruz, ora por cuestión de alistamientos que se hacían en Trieste para la legión austriaca. El Cuerpo legislativo, aunque siempre leal, sólo tenía una aspiración, no oír hablar más de México como no fuera para saldar la cuenta definitiva de aquel asunto ya condenado. Entre Prusia y Austria se iba desenvolviendo el conflicto que pronto había de ocasionar la guerra y aquel gran debate tenía preocupada á toda Europa. Napoleón, que deseaba salir cuanto antes de aquella situación, no pudiendo entenderse con Maximiliano, tuvo á bien resolver por sí solo acerca de la suerte de su aliado: el 22 de enero, al abrir las Cámaras, había anunciado la evacuación, cuyas fechas precisó el *Monitor* del 5 de abril. La repatriación se hacía en tres expediciones, la primera en el otoño de 1866, y la segunda y la tercera en la primavera y en el otoño de 1867; y habiéndose notificado esta determinación al gobierno de los Estados Unidos, éste tomó acta de la comunicación, aparentó considerarla como un compromiso y celebró nuestra retirada como una victoria de su diplomacia.

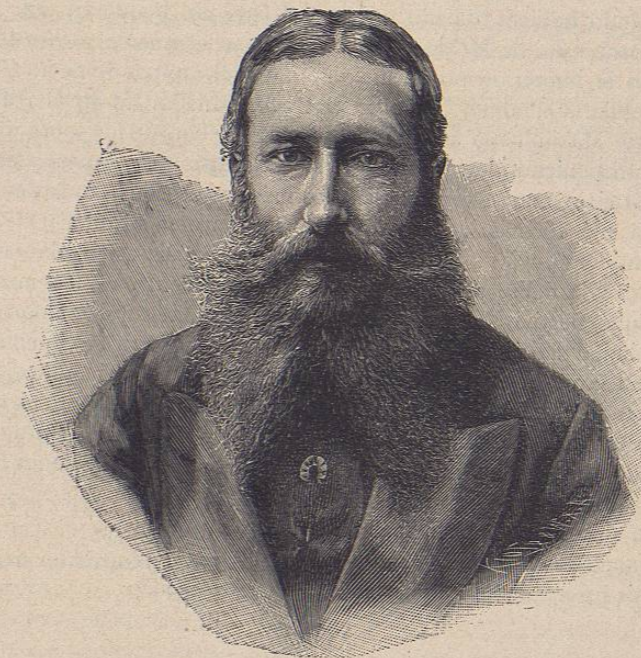
A todo esto había llegado á Europa Almonte, que en otro tiempo saliera de Francia colmado de atenciones por el emperador y como precursor del imperio nuevo; ahora, en cambio, había de invocar un favor entibiado, una amistad tenida por onerosa y recuerdos importunos. Apenas desembarcado, pudo convencerse de que la atención pública, fija por completo en los acontecimientos de Alemania, se apartaba ya de México como de un asunto concluído; y, sin embargo, sus instrucciones reflejaban las esperanzas que todavía se abrigan en la corte de Maximiliano, puesto que había de pedir la continuación del auxilio francés, auxilio en hombres y en dinero, ó en otros términos, la observancia del tratado de Miramar, interpretado en su sentido más amplio y más favorable y con todas las extensiones que

podiera otorgar una amistad benévola. La respuesta, contenida en una nota oficial de 31 de mayo, fué una negativa no sólo muy formal, sino dicha en tono bastante áspero para quitar toda esperanza en el éxito de una nueva demanda. Dijérase que Napoleón, tan cortés habitualmente, había tomado de los Estados Unidos alguna de sus más rudas fórmulas para aplicarla á su aliado. El gobierno de las Tullerías fingía sorpresa, se admiraba de la ignorancia en que vivía la corte de México, y proclamaba sus deberes para con su propio país, que eran los primeros á que se debía atender; y ocupándose del tratado de Miramar, recordaba que Francia había cumplido todas sus obligaciones al paso que Maximiliano sólo de una manera incompleta había ejecutado las cláusulas del mismo. Y después de algunas agrias recriminaciones, como si el protector, anticipándose, quisiera prevenir las censuras del protegido, resumía sus consideraciones en un verdadero *ultimátum*: desde el punto de vista financiero, se sometería á Maximiliano un nuevo convenio por el cual se obligaría á ceder al gobierno francés, para que se reembolsara sus anticipos, la mitad del producto de las aduanas marítimas; si esta proposición era admitida, se mantendrían las fechas de evacuación anunciadas por el *Monitor*, pero, en caso contrario, la repatriación podría efectuarse en seguida. Al mismo tiempo, y como para acentuar esas duras condiciones, el ministro de la Guerra recomendaba á Bazaine que no siguiera entregando los subsidios mensuales que había creído deber otorgar. Tal era la nota de 31 de mayo; tal el recibimiento dispensado al general Almonte. Tanto rigor sería inexplicable si el propósito secreto no hubiese sido desde entonces obligar á Maximiliano á abdicar, privándole para ello de todo recurso. Condenada la empresa de México, no podíamos partir de allí sin inquietudes, sin remordimientos, sin mengua de nuestra dignidad, si el príncipe se quedaba solo en manos de sus enemigos; en cambio, ¡cuán menos mala sería nuestra situación si el emperador se reembarcaba con nosotros! En este caso, nada dejaríamos en México; es más, nuestra responsabilidad desaparecería ante la del archiduque, cuyo infortunio ni siquiera sería glorioso y que, considerado insuficiente, incapaz é inerte, llevaría á los ojos del mundo todo el peso del fracaso.

A fines de junio fué conocida en México la voluntad de Napoleón, y si antes había podido dudarse del lenguaje del Sr. Saillard, ahora toda duda era imposible. Estalló, pues, la crisis, que fué proporcionada á la magnitud de las esperanzas acariciadas, y el abatimiento se aumentó con las alarmantes noticias que de todos los puntos del imperio llegaban. El día 15 de junio, un convoy que se dirigía desde Matamoros á Monterrey, custodiado por 1.600 mexicanos y 300 austriacos, había caído en poder de los juaristas después de un sangriento combate; el 23 del propio mes, Mejía habíase visto obligado á abandonar Matamoros y se había embarcado en Veracruz con las tropas que le quedaban; y algunos días antes, los liberales se habían apoderado de Hermosillo entrando á saco en ella, represalias que indicaban de antemano cuáles castigos se impondrían á los leales al imperio. La publicación en el *Monitor* de las fechas de la evacuación había colmado de alegría á los juaristas y llenado de consternación á los imperia-

les; entre los guardas rurales menudeaban las deserciones, y los funcionarios civiles, calculando la hora exacta en que se verían abandonados, buscaban ansiosamente un pretexto para romper á tiempo sus compromisos. No menos perplejos estaban los militares, y si hemos de dar crédito á los documentos procedentes de la América del Norte (1), muchos se mantuvieron fieles gracias únicamente á la imposibilidad en que se encontraron de hacer aceptar por Juárez las condiciones de su sumisión. «Los liberales, escribía en aquel entonces uno de los oficiales del cuerpo expedicionario, no eran hasta ahora más que un partido disidente, pero ahora son casi un partido beligerante (2).»

niño; pero cuando se tuvo noticia de la próxima evacuación, aviváronse los recuerdos de los antiguos disidentes en la mente del emperador, quien recapituló sus pasados agravios y aun los consignó en una especie de memoria, como si quisiera que nada de ellos se olvidara. El comandante en jefe, que partía para San Luis de Potosí, fué á palacio para despedirse del soberano; pero éste, valiéndose de un pretexto, rehuyó toda entrevista. No obstante, en medio de los peligros que ya se anunciaban, una cuestión se sobreponía á todas las demás, á saber, si convenía prevenir con una abdicación la caída inevitable; y mientras Bazaine iba á juntarse con sus tropas, discutíase en el palacio impe-



Leopoldo II de Bélgica

Maximiliano, irritado por el abandono, y considerándose burlado y vendido, no podía convencerse de que Napoleón quisiera destruir la obra en otro tiempo por él fundada; creía en la existencia de alguna intriga partida de México, y hacía recaer sus sospechas sobre Bazaine. Ya hemos explicado sus relaciones con el mariscal, las cuales habían sido hasta entonces en extremo singulares y constituido una mezcla tal de testimonios de simpatía y de agrias recriminaciones que no se sabía cuál sentimiento predominaba, si la gratitud por el socorro ó la impaciencia del yugo. En los últimos tiempos el emperador había dado gracias muy expresivas á Bazaine por el apoyo financiero que le había prestado; pero luego, al ver que el comandante en jefe reducía su ocupación, concentraba sus tropas, abandonaba á los disidentes las provincias septentrionales y preparaba, por decirlo así, las líneas de etapas para su retirada, su desaprobación se había manifestado en términos bastante enérgicos. El descontento, sin embargo, no había llegado hasta la ruptura; es más: habiéndole en el entretanto nacido un hijo al mariscal, los soberanos, como muestra de alta consideración, fueron padrinos del

rial aquella eventualidad. Hasta Maximiliano llegaron avisos secretos que sus propios cortesanos le enviaban, exhortándole vivamente á que cediera á la fortuna adversa, y muchos decían que el príncipe, impotente en lo sucesivo para seguir representando su papel de emperador, no podría ya sostenerse sino á costa de expedientes que le rebajarían al nivel de los jefes de partido, por lo que mejor era una abdicación que, hecha pública en aquel momento, no parecería aún impuesta por la fuerza (3).

En medio de confusión tan grande, la emperatriz fué quien avivó momentáneamente las esperanzas: su carácter era más viril y sus ambiciones eran más tenaces; y puesto que todos los embajadores habían fracasado, ella en persona partiría para Europa, iría á París, vería al emperador, arrancaríale á éste su última palabra, y en caso de que estuviera resuelto á abandonar á su aliado, le obligaría por lo menos á publicar su deshonor. En un principio se pensó en no divulgar el proyecto, pero cuando ya fué imposible guardar el secreto, el *Diario oficial de México* anunció el viaje. El intento era valeroso, pero las probabilidades de éxito no eran muchas

(1) *Executive documents*, 1867, págs. 250-251.

(2) Carta del teniente coronel Bressonnet al general \*\*\*. (*Papiers des Tuileries*, tomo II, pág. 207).

(3) Véase la *Intervention française au Mexique*, 1868, páginas 248-251.



El infeliz Maximiliano había perdido todos sus apoyos. ¿A quién se dirigiría una vez descartada Francia? ¿Al Austria? Nunca se había ésta mostrado muy entusiasta de la empresa y por añadidura en la actualidad hallábase preocupada exclusivamente por sus propios peligros. ¿A Bélgica? Leopoldo I había muerto. ¿Al papa? El conflicto religioso no estaba todavía apaciguado. A estas graves preocupaciones juntábanse las dificultades de orden más mezquino; así, por ejemplo, era tan grande la falta de recursos, que costó no pocos trabajos, según se dijo, reunir el dinero necesario para el viaje de la soberana y de su séquito. La emperatriz llevase consigo la memoria redactada contra Bazaine, que era en extremo acusadora, hasta con exceso, porque en ella se calumniaba al general cuando hubiera bastado quizás decir mal de él. La soberana salió de México en 8 de julio y su partida produjo la impresión no de una embajada solemne que consolidaría el imperio, sino un principio de derrumbamiento. Maximiliano acompañó a su esposa hasta Río Frío, prosiguiendo luego ésta sola su camino hacia el mar. El viaje, entristecido por las preocupaciones de la política, fué además incómodo y casi peligroso, porque las continuas lluvias habían puesto las carreteras intransitables y la fiebre amarilla asolaba el país. El día 15 de julio llegó á Veracruz; y si los habitantes de aquella ciudad habíanse mostrado, aun en los mejores días, poco favorables á la intervención, ¡qué no sería ahora, cuando el imperio declinaba! Una considerable muchedumbre había acudido al muelle, pero guardaba una actitud de silenciosa malevolencia, y á lo sumo algunos se descubrían, débil muestra de consideración que no era sino simpatía hacia la desgracia. Mar adentro estaba anclado el vapor *Imperatrice Eugenie*, dispuesto á partir para Saint-Nazaire; y co-

mo el capitán del puerto no había preparado ninguna lancha mexicana, dispúsose precipitadamente una embarcación francesa. La emperatriz, con una especie de impaciencia febril que más adelante hubo de recordarse, insistió en que se izara en la popa del buque el pabellón de México en vez de la bandera tricolor; y aunque esta exigencia causó cierta sorpresa, fué satisfecha con respetuosa solicitud (1). Nuestros marinos, con su generosidad habitual, procuraron destruir el entristecedor efecto de la frialdad de la población indígena, y el *Magellán* disparó su cañón y los marineros de un barco amarrado junto al fuerte lanzaron repetidos vivas al emperador y á la emperatriz. Algo confortada con este aparato oficial que distraía su dolor, llegó la soberana al lado del buque en que había de embarcarse, y una vez en el puente, conversó durante un cuarto de hora con el capitán de navío Cloué que hasta allí la había acompañado. En aquella última entrevista mostrábase serena y confiada, y sobre todo se esforzó en que pareciera despedida por poco tiempo lo que á los ojos de los más era una despedida definitiva. Cuando el buque iba á ponerse en marcha y el capitán Cloué se despedía de ella, díjole estas palabras, que fueron las últimas: «Parto, pero dentro de tres meses estaré de vuelta.»

Por desgracia suya, la infortunada princesa, al poner el pie en el suelo del viejo continente, había de encontrar al Austria vencida, á Europa desorientada y á Francia obligada á concentrar sus fuerzas para luchas acaso próximas; y en medio del tumulto de aquella magna contienda, sus lamentaciones habían de perderse en el vacío.

(1) *La Marine française au Mexique*, por el capitán de navío Riviere, pág. 190.

## LIBRO VIGÉSIMOSEXTO

### ALEMANIA Y PRUSIA

SUMARIO: I.—Alemania: de cómo los territorios eran fraccionados durante el antiguo régimen: rasgos diversos del carácter alemán: peligros de la intervención extranjera: de cómo este peligro hace concebir la idea de una organización más concentrada. Qué potencia se dispone á realizar en provecho suyo esa idea.

II.—Prusia: elementos que concurren á su formación: vicisitudes diversas de su historia: su acción en Alemania desde 1815.

III.—Guillermo I (2 de enero de 1861): su lenguaje: sus proyectos militares: principio del conflicto con la Cámara de los diputados: Bismarck: su subida al ministerio (septiembre de 1862): desarrollo del conflicto parlamentario: síntomas diversos que denotan una política osada hasta la temeridad.—De cómo esta política hubiera fracasado sin duda si las circunstancias no la hubiesen favorecido: *Cuestión de Polonia*: *Cuestión de los ducados daneses*: relación de estos dos acontecimientos con la historia de Prusia y cómo aseguraron la fortuna de Bismarck.

#### I

He tardado todo lo posible en entrar en las terribles complicaciones que durante la última mitad del *Segundo Imperio* estallaron en el Norte de Europa, con gran perjuicio del antiguo equilibrio y con gran daño para Francia. Ha sido por el deseo de no truncar unos acontecimientos que, para ser bien comprendidos, deben ser presentados en conjunto; ha sido también por la aprensión de un asunto terrible por su extensión, difícil de comprender y más difícil de explicar, lleno de aventuras vulgares y de aventuras trágicas, fecundo en alternativas de astucias, imposturas y violencias, doloroso para todo el que ha conservado el respeto de las tradiciones y de los tratados, doloroso sobre todo para Francia. En el momento de empezar esta tarea, busco instintivamente algún otro asunto que pueda distraernos de ella; quisiera dejar la pluma y aplazar aún más la abrumadora narración. Pero el orden de fechas, ya un poco intervertido, no permite ya más dilaciones ni rodeos, y no hay más remedio que empezar lo que no puede sufrir más demora.

El curso de los siglos había conducido los Estados de la Europa occidental á la unificación. Así había sucedido en Inglaterra, en España y sobre todo en Francia. La suerte de Alemania había sido muy distinta. En tierra germánica la civilización se había desarrollado sin abolir las múltiples soberanías creadas por la Edad media. La centralización, que en nuestro país parecía la ley del progreso, hubiera sido en el país vecino una palabra vacía de sentido. A lo sumo, el Santo Imperio, poder más fastuoso que real, unía á sí con un frágil lazo todas las dominaciones aisladas. Prolongándose en los tiempos modernos y hasta el siglo XVIII, esta organización había impreso en todas las comarcas de allende el Rhin una fisonomía aparte. Allí todo respiraba la diversidad: una porción de pequeños principados, que habían conservado los restos de las formas feudales aun á través de las influencias de las edades nue-

vas: numerosos vestigios de soberanías eclesiásticas que habían escapado á la Reforma y todavía se conservaban fuertes, á pesar del espíritu del siglo que las minaba: ciudades libres, republicanas por sus instituciones y góticas por sus monumentos, sus moradas, sus costumbres y los nombres de sus magistrados: algunos Estados más importantes, con sus elegantes y frías capitales imitadas de Versalles, con sus palacios modernizados, con sus príncipes, con frecuencia demasiado fastuosos y magníficos para lo exiguo de sus provincias, á menudo aficionados á las letras, preciándose á veces de filósofos ó liberales, en el fondo príncipes siempre del antiguo régimen. ¡Qué de zonas diferentes en esa gran Alemania, y cómo aparecía bajo diversos aspectos, graciosa, poética y pastoral, en las orillas del Rhin ó en los valles de la Selva Negra; elegante y culta en Dresde ó en Weimar; bulliciosa, casi italiana, aficionada á las pompas católicas, bajo el cielo ya claro de Baviera; ruda y áspera en el Norte y sombría á causa de la rigidez pietista y protestante! Esa vasta región, desde el Elba hasta el Danubio, era el país del individualismo. Encerrado en su casa gótica, el burgués de las viejas ciudades alemanas tenía á la vista todo lo que constituía su patria: su patria era la catedral edificada por sus antepasados, la torre de reloj que anunciaba de lejos la ciudad, las salas de las corporaciones en que se celebraban tradicionales fiestas, la casa consistorial donde, por su pequeña parte, era soberano: su patria era sobre todo su morada, y en sus labios, la dura lengua alemana se volvía de pronto deliciosamente armoniosa cuando abreviaba los nombres de los niños ó expresaba las cosas del hogar. Allende el Rhin, todo se hallaba descentralizado, y particularmente la vida intelectual: muchos sabios, pero recogidos en sí mismos, audaces y tímidos á la vez, como lo son los solitarios: pacientes investigaciones llevadas con una perseverancia tranquila, sin afán de aparentar y hasta sin gran cuidado de ser útil, como si la ciencia fuese demasiado noble para rebajarse á servir: talentos más vigorosos que cultos: mu-